

# Prólogo

Hacia 1950 -¡medio siglo, Dios mío!-, el firmante de este prólogo tanteaba los caminos de la literatura, y ya entonces pusiera en letra impresa su esperanza en un jovencísimo Paquito Pérez. Siguió en el tiempo la admiración y creció la mutua amistad, que ya era con Francisco Pérez Caramés. La vida me dio en ello uno de los mejores dones, pero en este momento -no se escandalicen, será una figura retórica- «casi» me gustaría no haber conocido a Paco, no haber querido a Paco. Así hubiera podido alcanzar este libro como un hecho libre de toda previa influencia, leerlo con ánimo desprevenido, valorarlo con la mirada crítica que todo empeño artístico merece. Y decir, enseguida, lo que en definitiva vaya proclamar sin más trámites: *Caminatas por los hayedos del Bierzo* es una obra maestra de la literatura de viajes. De páginas de andar y ver y sentir, y de oír y tocar y oler, porque el poeta -nuestro autor lo es, redacte en verso o en prosa- nos ofrece un paisaje que, tanto como descrito, se hace respirable para el lector.

Hay en la obra unos primeros capítulos que serían mera exposición erudita si no fuera que ni siquiera en ellos se renuncia a la belleza expresiva. Es el reino de la botánica, de las precisiones morfológicas, de los estratos arbóreos, arbustivos, herbáceos... y luego -parte más extensa del conjunto-, la pasión de contar, el relato de las correrías del narrador andariego. Son muestras gloriosas de la madurez literaria de Pérez Caramés; también dolorosas, porque prematuramente se nos fue el escritor a las arboledas eternas. La adjetivación, esa prueba del fuego para el arte de la palabra, nos depara un asombro tras otro: las orillas del arroyo tapizadas de pastizal; la jerga pícara de los fornelos; la ladera salpicada de casas; las praderías jugosas; el rumor de la pajarería indiscreta; los castaños elegantes... Pero ningún énfasis inútil, nada de prosopopeyas. El tono es continuamente amigo y confidente hacia el lector, a veces irónico, siempre modesto en lo personal: «El día es luminoso, y encima, me ha salido bastante bien la foto... »

El libro de Pérez Caramés es breve, para pesar de sus lectores. No cometerá el prologuista la irreverencia de propasarse. Sólo añadiré mi negación a calificar de póstumo lo que está tan vivo, la misma renuencia -es algo personal, no puedo evitarlo- que me traba para decir: su viuda. La mujer (mejor así) de Francisco Pérez Caramés, Marisa Barreda Lence, nos entrega con esta edición un legado impagable.

**Antonio Pereira**  
Villafranca y otoño del 2001